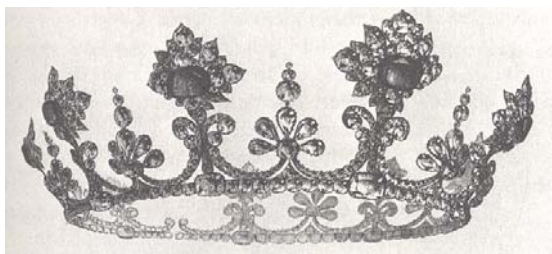


LAS CORONAS DE DOS SOBERANAS ESPAÑOLAS: EUGENIA DE MONTIJO Y FABIOLA DE MORA

Fernando Rayón Valpuesta y José Luis Sampedro Escolar



Izquierda: la diadema de Eugenia de Montijo. Derecha: la regalada a Fabiola en 1960.

Vamos a entrar en el estudio comparado de dos joyas excepcionales, las coronas de la Emperatriz Eugenia y de la Reina Fabiola. Para ser más precisos, vamos a estudiar la historia de dos de las coronas que ambas damas poseyeron. Quizás entre los lectores del texto de esta conferencia, algunos se pregunten el por qué de esta extraña unión entre Eugenia de Teba y Fabiola de Mora. Hay varios motivos que justifiquen tal emparejamiento: de una parte, ambas damas son españolas, nacidas en la aristocracia, pero ajenas al círculo de las Familias Reales¹, y ambas llegaron a sentarse por derecho de cónyuge en dos tronos de Europa. Por otro lado, las joyas de las que nos ocupamos tuvieron un acusado parecido formal, ya que la corona de Eugenia, en su montaje de 1858, seguía un diseño heráldico mezclando elementos de las coronas ducal y marquesal, al igual que ocurría con uno de los montajes que aún en nuestros días puede adoptar la corona de la Reina Fabiola.



Coronas heráldicas de duque (izquierda) y de marqués.

Veamos todo ello con detalle.

I LAS ESMERALDAS DE LA EMPERATRIZ EUGENIA

Como es sabido, la granadina Eugenia de Guzmán Kirkpatrick Palafox y Portocarrero, condesa de Teba² (1826-1920), era hija de los condes de Montijo y descendiente de nobilísimos linajes; llegaría a ser, por su matrimonio con el Emperador

¹ Hay un lejano entronque entre Eugenia de Montijo, condesa de Ablitas por su propio derecho además de Emperatriz de los franceses, y Fabiola de Mora, a través del tatarabuelo de ésta, Fausto León de Elío, marqués de Vesolla. Vid. pág. 78 de *El Palacio de Zurbano*, de Alós y Sampedro.

² Y otros varios títulos nobiliarios.

Napoleón III, en 1853, soberana de los franceses. Eugenia, que se creía dotada para la alta política, participó activamente en la de su tiempo, ejerciendo en tres ocasiones la Regencia de Francia: durante las campañas de Italia, en 1859; con ocasión de una estancia del Emperador en Argelia, en 1865, y en los últimos momentos del Imperio, ya en 1870. Apoyó la expedición destinada a entronizar a Maximiliano de Austria en México y se opuso a apoyar la unificación saboyana de Italia, al opinar que implicaría la disminución del poder del Papa. Lógicamente, además de tener a su disposición las Joyas de la Corona, Eugenia recibió numerosas alhajas a lo largo de su reinado, unas como regalos personales, otras por adquisiciones privadas o por herencia familiar. Es el caso que, en 1870, cuando se derrumba el II Imperio a raíz de la derrota de Sedán, la Emperatriz gozaba de un fabuloso tesoro con las que aparecía resplandeciente en las ceremonias oficiales, y así la vemos retratada por Winterhalter con la magnífica diadema de perlas hoy conservada en la Galería de Apolo, en el Louvre, donde llegaron tras adquirirlas el Museo parisino en la venta de las joyas de la princesa Gloria de Thurn und Taxis.

Gran amiga de la reina Victoria I de la Gran Bretaña, la ya ex Emperatriz Eugenia pensó casar a su hijo Luis Napoleón con la menor de las hijas de la soberana inglesa, la princesa Beatriz, más adelante Princesa de Battenberg por su matrimonio con el Príncipe Enrique. A pesar de que este proyecto se frustró por la prematura muerte del Príncipe Imperial, Eugenia guardó siempre un especial cariño a esta rama de la Familia Real británica y, especialmente, a la hija de la Princesa Beatriz, Ena, quien llegaría a ser reina de España, conociéndosela en su nueva patria por Victoria Eugenia. La Emperatriz siempre se comportó como si fuese madrina de Victoria Eugenia (a quien pusieron este segundo nombre en honor de la soberana francesa) aunque no es cierto que actuase realmente como tal en su bautismo, ni tan siquiera por representación, y se tomó gran interés en el destino de la bella Princesa de Battenberg, en la que veía una especie de nieta que nunca tuvo, constandingo que maniobró activamente para hacer culminar en boda el noviazgo de Ena con Alfonso XIII.

Según Gerard Noel, cuando murió la que fuera soberana de los franceses, en 1920, su sobrino, el duque de Alba, se personó ante la Reina de España, portando un estuche que contenía un bonito abanico. Doña Victoria Eugenia, como es bien sabido, era amante de las buenas joyas, pero debía de estar sobrada de abanicos, y no pareció quedar excesivamente satisfecha con la visión del legado imperial. Ante la insinuación del duque de que observase con más profundidad el estuche, la Reina descubrió bajo el abanico un impresionante lote de esmeraldas colombianas que Eugenia de Montijo había recibido de Napoleón III y que portó en una impresionante corona realizada en marzo de 1858 por el joyero Fontenney.

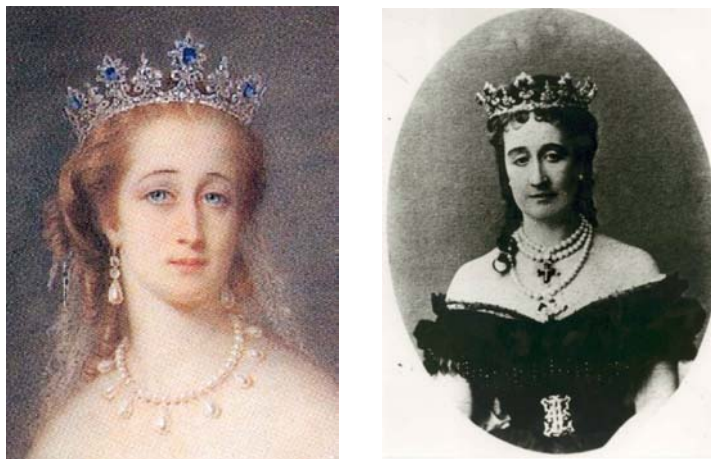
La diadema de Fontenney tenía forma, como ya hemos dicho, de corona heráldica, entre ducal y marquesal, con la particularidad de presentar sólo siete florones en los cuales podía lucir zafiros o esmeraldas, o substituirlos por perlas en forma de pera. Conservamos varias fotografías de Eugenia de Teba luciendo esta joya, de frente y de perfil³, así como la miniatura, original de Pommeyrac⁴ en las que también la muestra, en este caso engastada de zafiros, así como grabados de Danguin que se hicieron basándose en esa composición.

Esta corona de Fontenney no debe ser confundida con la que realizó el también joyero Lemonnier y que hoy se conserva en el Louvre. Cuando cayó la monarquía bonapartista en 1870, ambas diademas fueron objeto de una larga discusión entre las

³ Fotografía esta que nos permite asegurar que eran siete las esmeraldas (u otras piedras de color, según el caso) que se podían engastar en los florones de la diadema.

⁴ Un ejemplar se conserva en la colección de la Casa de Alba.

autoridades de la III República Francesa (que, pasados los años, subastó las joyas que catalogara como propiedad del estado en calidad de *Joyas de la Corona*) y la Emperatriz quien, finalmente, recuperó la diadema ejecutada por Fontenney, aunque no tenemos noticia de que volviese a usarla durante su larguísimo exilio, siendo probable que la desmontara, conservando las siete esmeraldas colombianas que, con motivo de su fallecimiento, legaría a la Reina Victoria Eugenia de España a su fallecimiento, en 1920.



A la izquierda, Eugenia, retratada por Pommeyrac, mostrando su diadema con zafiros en lugar de las esmeraldas. A la derecha, fotografía en la que, además, ostenta la cruz de esmeralda que perteneciera a Isabel II.

Ena de Battenberg hizo varias combinaciones con estas piedras. En un primer montaje, efectuado inmediatamente después de recibir las esmeraldas, a principios de la década de los 20, por la joyería madrileña Sanz, se lucían en un collar corto de gusto clásico, engastadas en un marco de roleos rococó de brillantes. Curiosamente, en este collar ya aparecen nueve esmeraldas, dos más de las siete que adornaban la diadema de la Emperatriz Eugenia, y nos consta por el testimonio de los Sanz que una de ellas era falsa, no sabiéndose si todas ellas formaban parte del lote heredado por nuestra Reina o ella misma añadió estas piedras de cualquier otra ignota procedencia.



Izquierda: Victoria Eugenia con las esmeraldas montadas por Sanz Derecha: el collar montado por Cartier en 1931, con la cruz de Isabel II.

Una década después, la esposa de Alfonso XIII adaptó las gemas a la moda, imperante en aquellas fechas, de los largos collares en *sautoir*, para lo cual encargó a la casa Cartier, de París –uno de sus joyeros favoritos-, un nuevo montaje. Esta creación

de Cartier incluiría, además, una fabulosa cruz, tallada en una gran esmeralda de 45,02 quilates y cuatro centímetros de longitud. Curiosamente, esta cruz también está vinculada a la Familia Real española. Había sido propiedad de los Reyes Isabel II y Francisco de Asís, de quienes la adquirió la emperatriz Eugenia, de la cual pasó años después a la Princesa Beatriz de Battenberg (madre de la Princesa Ena, después Reina Victoria Eugenia), a quien, como hemos reseñado anteriormente, la ex Emperatriz quería como la nuera que no pudo tener. Volvieron así a reunirse estas singulares esmeraldas de la española Emperatriz de los franceses y de la Reina Isabel II de España en propiedad de otra reina de España, Doña Victoria Eugenia. Con las esmeraldas de la Emperatriz y la cruz, Cartier entregó el 31 de marzo de 1931, pocos días antes de proclamarse la II República, uno de los collares más fastuosos realizados por aquellos años y que se completaba con un par de pendientes a juego, por lo que Victoria Eugenia añadió varias esmeraldas, aunque de calidad claramente inferior a las colombianas originales. El gran fotógrafo Alfonso nos legó la imagen de la Reina adornada con las alhajas en su nueva apariencia, retrato ejecutado en uno de los salones del Palacio Real de Madrid, lo que demuestra el gusto con que las recibió.

Ya en el exilio, Doña Victoria Eugenia vendió la esmeralda tallada en forma de cruz al joyero Cartier quien, tras incluirla en 1937 en un nuevo collar, similar al que hizo en 1931 para la soberana, la vende nuevamente, esta vez a madame Patiño, casada con el famoso *rey del estaño*, de quien la heredó su hija, Isabel Goldsmith. Al respecto, de manera algo imprecisa, la Condesa de Barcelona le dijo a Javier González de Vega: *La verdad es que a la tía Ena las alhajas le solucionaron muchas cosas. La casa de Laussane, Vieille Fontaine, se la pudo comprar con lo que le dieron por una cruz de esmeraldas enormes*. La madre del Rey Don Juan Carlos confunde en cierta medida la joya, pues no estaba conformada por varias esmeraldas sino por una sola, como hemos dicho.

Años después, quizás al finalizar la II Guerra Mundial, el resto de las esmeraldas fueron objeto de un nuevo montaje, que luce en una espléndida fotografía hasta ahora inédita, datada en 1949, cedida por la joyería Sanz, y con el que la soberana aparecerá retratada, esta vez en colores, en un reportaje publicado en el semanario norteamericano *Life*, en 1958. En esta ocasión, las piedras originales fueron montadas, nuevamente por la Casa Cartier, de la siguiente manera: una de las esmeraldas (de 16 quilates) se engarzó en una sortija, con dos brillantes en forma de gota (de 0,8 quilates) y otros seis brillantes tallados en *baguette* (0,6 quilates); otra de las esmeraldas (de 18 quilates) en un broche, con cuatro grandes brillantes y ochenta pequeños, que en total sumaban 5,4 quilates. Finalmente, el collar ostentaba siete esmeraldas, seguramente las originales de la Emperatriz Eugenia, que sumaban 124 quilates, más cincuenta brillantes, que totalizaban 25 quilates, y otros 112 más pequeños, con un peso de 5,5 quilates. La Condesa de Barcelona recordará años después el interés de esta pieza: *Lo más importante que tenía (Doña Victoria Eugenia) era un collar, magnífico, de esmeraldas, que le dejó su madrina la Emperatriz Eugenia. Muchas veces me enseñaba la fotografía, y me decía; "Este collar un día será tuyo". Pero, claro, después pasaron cosas en la vida y no pudo ser*.

A este conjunto añadía Victoria Eugenia la diadema de brillantes de Cartier, cuyas perlas substituía por esmeraldas cuadradas a juego con este aderezo, y que podrían proceder de alguna de las pulseras que luce en la fotografía de 1949.



Victoria Eugenia luce todas sus esmeraldas, remontadas por Cartier.

En 1961, con objeto de conseguir liquidez económica para afrontar los gastos que se avecinaban con motivo de la próxima celebración de la boda de su nieto, el Príncipe de Asturias, Don Juan Carlos, con la Princesa Sofía de Grecia, la Reina Viuda de España puso en venta el collar, el anillo y el broche antes descritos. La subasta se encomendó a la sala Jürg Stucker, de Berna, y tuvo lugar los días 14 y 15 de noviembre, reportando a Doña Victoria Eugenia un total de 960.000 francos suizos. La sortija, valorada en 150.000 francos, superó los 200.000, en tanto que el broche se remató en 50.000 francos. El collar, valorado en 1.200.000, centró la puja entre dos compradores, y se adjudicó en tan sólo 560.000. Fue comprado por la Casa Cartier⁵.

Adquiridas inmediatamente las esmeraldas de Eugenia de Montijo en la Casa Cartier por Reza Pahlavi, Emperador del Irán, el joyero Sir Harry Wiston hizo, por encargo del Shah, un nuevo collar de brillantes con estas siete piedras, el cual utilizó frecuentemente la Emperatriz Farah a partir del año siguiente, 1962, cuando lo estrenara con motivo de las bodas de plata matrimoniales de la Reina Juliana de los Países Bajos y el Príncipe Bernardo.

Unas veces exhibía el collar con las esmeraldas y, en otras ocasiones, únicamente los brillantes, pero debemos desmentir el dato, tantas veces repetido, de que lo ostentase el día de su coronación, en 1967, error en el que cayó hasta el nieto de la Reina Victoria Eugenia, el Duque de Cádiz⁶, mientras que la Condesa de Barcelona, con evidente despiste, llegó a decir a González de Vega que Farah las hizo coser a su manto imperial que, verdaderamente, se adornaba con extraordinarios bordados. Efectivamente, la Emperatriz Farah lució en aquella ocasión otro fantástico collar de diamantes, perlas y esmeraldas, pero estas piedras eran aún de mayor tamaño que las que habían pertenecido a la Emperatriz de los franceses y a la Reina de España.

⁵ Las piedras de peor calidad del aderezo de esmeraldas de Doña Victoria Eugenia, montadas en los pendientes, quedaron en su poder hasta su fallecimiento, correspondiéndole al Infante Don Jaime en su lote hereditario, lo que originó ciertas dificultades en el reparto de la herencia de la Reina difunta.

⁶ Así se lo manifestó Don Alfonso de Borbón a José Luis Quintanilla cuando éste le entrevistó acerca de las joyas de su abuela Victoria Eugenia, para *La Actualidad Española*, en 1974.



1967, Farah luce el collar con las esmeraldas de Eugenia de Montijo, montadas por Wiston.

Durante años, la soberana iraní se adornó con esta fastuosa joya en muy diferentes ocasiones, generalmente en visitas oficiales al extranjero, como, por citar algunos ejemplos, cuando los monarcas persas fueron recibidos por el matrimonio Kennedy en la Casa Blanca, o cuando rindieron visitas a la República Federal alemana y al reino de Tailandia. Pero debe quedar bien claro que esta joya, como tantas otras, era parte del Tesoro Nacional iraní, y que quedó en Teherán al caer la Monarquía de Reza Shah en 1979, no teniéndose noticia de que haya sido enajenado por las autoridades islámicas de aquella república, rumor, al parecer injustificado, que circuló en Occidente hace unos años.



II LA CORONA DE LA REINA FABIOLA

Fabiola Mora y Aragón es, como resulta bien sabido del gran público, la esposa de Balduino I, rey de los belgas. Hija del IV marqués de Casa Riera y conde pontificio de Mora, don Gonzalo Mora y Fernández, y de su esposa, doña Blanca de Aragón y Carrillo de Albornoz, nació en Madrid, en el palacio familiar de la calle Zurbano, el 11 de junio de 1928. El 15 de diciembre de 1960 casó con Balduino I, Rey de los belgas y Príncipe de Bélgica (1930-1993), tras anunciarse su compromiso de una manera absolutamente sorprendente para toda la opinión pública europea⁷.

Fabiola era una señorita de la aristocracia madrileña conocida por su sencillez y que destacaba por su eficaz entrega en las obras asistenciales a las que prestaba su apoyo. Su figura discreta generaba, en los medios que la trataban, una simpatía que se extendió lógicamente a toda la sociedad española en cuanto se hizo pública la noticia de su compromiso con el monarca de los belgas, un hombre que despertaba igualmente sentimientos benevolentes en quienes seguían su actividad, aureolado de un cierto misticismo por ciertos rumores que veían en él una vocación al estado religioso y, desde luego, muy alejado de escándalos y ligerezas.

⁷ Vid.: Suenens, Cardenal: *Balduino, el secreto del Rey*. Madrid, 1997.

No tiene por todo ello nada de extraño que desde el primer momento en que se supo que nuestra compatriota marcharía a Bruselas a compartir el trono con el Rey Balduino se prodigasen los homenajes a su persona, muchos ellos en forma de regalos. Sin duda uno de los presentes más valiosos que recibió en aquella ocasión fue una bonita joya de empaque auténticamente regio, que se le presentó en forma de corona marquesal, cuya posesión era ciertamente frecuente entre las casas tituladas de la época⁸, aunque en su mayoría eran de factura decimonónica. La pieza que nos ocupa también puede lucirse como collar y como diadema, contando para ello con las monturas correspondientes a tales efectos.

Este era el regalo que le hacía la nación española, y por ello le fue entregado por la esposa del entonces Jefe del Estado, doña Carmen Polo de Franco, quien se personó al efecto, junto a su hija, la marquesa de Villaverde, en el Palacio de la calle Zurbano y, ante una multitud de periodistas gráficos⁹, entregó la corona en uno de los estuches, posando junto a la futura reina de los belgas, que mostraba su satisfacción por el valioso y bonito obsequio. Sobre el escritorio rococó situado tras las dos damas quedaba un segundo estuche con la montura que permitía lucir la joya como diadema.



Doña Carmen Polo de Franco hace entrega a Fabiola de Mora de la corona que le regala España con motivo de su boda con el Rey de los belgas.

Aunque todos los diarios y semanarios se hicieron eco de la noticia con profusión de fotografías del acontecimiento y de la joya, ninguna información trascendió del origen del presente. No se sabía la identidad del joyero que hubiese fabricado la extraordinaria presea ni la identidad de sus anteriores propietarios, caso de que no se hubiese elaborado *ex profeso* para la ocasión. Se dedujo que a Fabiola debía de haberle gustado porque la escogió como tocado, en su forma de corona, con la que ornarse en el baile que se celebró en el Palacio Real de Bruselas la noche anterior a las regias nupcias, gala en la que se dieron cita gran número de reyes y príncipes de la vieja Europa, entre los que se contaban los monarcas de los Países Bajos, Noruega, Italia, el Rey de los búlgaros, el Conde de Barcelona y su hijo, el hoy Rey Don Juan Carlos I, la Gran

⁸ Incluso la madre de la Reina Fabiola, doña Blanca de Aragón, poseía una joya de estas características, con la que la retrató repetidas veces el fotógrafo Amer y que lució en el baile de gala celebrado en el Palacio Real de Bruselas la noche anterior a la boda de su hija, en 1960.

⁹ Es muy curioso el reportaje que se filmó para NO-DO, en el que se puede observar el aspecto que presentaba el palacio de Zurbano en 1960.

Duquesa soberana de Luxemburgo, la Princesa Margarita de la Gran Bretaña, los Príncipes de Etiopía e Irán y un larguísimo etcétera de Altezas Reales.

Años después, el famoso periodista Jaime Peñafiel reveló que este regalo había sido adquirido por el Estado español de una familia titulada que había tenido depositada la corona durante muchos años en un convento para servir de ornato a una imagen de la Virgen. Esta circunstancia había dado oportunidad a las religiosas que custodiaban la joya de ir substituyendo las piedras preciosas que le daban color por vidrios sin ningún valor económico, vendiendo tales gemas para hacer frente a las sucesivas necesidades del convento. Así, los dos juegos de esmeraldas y rubíes, que se podían colocar en los florones de la tiara alternando sus diferentes tonalidades o combinándose como se estimase adecuado en cada ocasión, sirvieron a lo largo de los años para aliviar las penurias de la comunidad y, cuando los joyeros de la Corte belga examinaron la alhaja, quedaron impresionados ante la chocante situación que se detectaba. Según se dice, el Estado español adquirió presuroso un lote completo de esmeraldas y rubíes para renovar la ornamentación falsificada.

Los investigadores no debemos dar valor dogmático a lo que se publica en letra impresa. El citado Jaime Peñafiel dejó publicado que la Reina Fabiola no volvió a usar la joya después de aquel fastuoso baile de la noche del 14 de diciembre de 1960, pero podemos aportar decenas de testimonios gráficos que desmienten este aserto. La soberana belga escogió esta alhaja, como corona, para lucirla en sendas visitas oficiales, junto a la reina de la Gran Bretaña y junto a la Emperatriz del Irán, famosas ambas por sus soberbios aderezos. También la escogió para su estancia en la legendaria Viena imperial, y, como diadema, se vió en Dinamarca, en Marruecos, en el Vaticano al visitar al Papa Pablo VI, y en multitud de recepciones en la capital de su reino, junto al Mariscal Tito, los Grandes Duques de Luxemburgo o el Presidente Saragat.



La misma joya usada como corona y como diadema.

Como collar, a guisa de ejemplo, podemos decir que brilló en los salones del Palacio Real de Madrid cuando, en 1978, los monarcas belgas devolvieron a Don Juan Carlos y Doña Sofía su anterior visita de estado a Bruselas. Para terminar, como diadema, Fabiola también la ha utilizado en un sinfín de oportunidades, como en su visita a la entonces República Federal alemana, en la que, además, debemos señalar que aparecieron, creemos que por vez primera, las aguamarinas que le había regalado el Rey Balduino para, junto a las esmeraldas y los rubíes, combinar piedras de diferentes colores en pieza tan versátil. Ya viuda del Rey Balduino, la diadema ha vuelto a brillar recientemente, con motivo de la visita de los Reyes Carlos XVI Gustavo y Silvia de Suecia a Bélgica.



Izq.: la duquesa Ángela de Medinaceli en 1859, por Dubufe. Derecha: durante su visita a Alemania, la Reina Fabiola usó la corona como collar, con las aguamarinas que le regaló el Rey Balduino.

Queda, pues, claro que es falso que esta joya no haya sido usada más que una vez por la Reina Fabiola, pero no es esta la única aportación que podemos hacer al conocimiento de tan curiosa alhaja. También podemos afirmar que la casa de la Grandeza de España que la tuvo en su propiedad antes de la Reina de los belgas fue la casa ducal de Medinaceli, a la cual se la adquirió el Estado español por indicación de Doña Carmen Polo, cuya amistad con tan egregio linaje era conocida en la época del enlace del Rey Balduino. Un retrato que Dubufe pintó de la duquesa Ángela¹⁰, fechable en torno a la Navidad de 1859¹¹, conservado en el Hospital Tavera, de Toledo, nos muestra esta corona, ornada de rubíes.

Carmen Martínez Bordiú, nieta primogénita de la que después sería I Señora de Meirás, nos cuenta en sus memorias cómo recibió, en su lecho de enferma, la visita de su abuela que portaba, como extraño juguete, la corona que se iba a regalar a Fabiola Mora. Textualmente nos narra¹²:

Quizá el acontecimiento que, por una serie de motivos, se me quedó más grabado en mi infancia y comienzo de la adolescencia fue la boda de Balduino y Fabiola. No olvidaré que días antes de que se casaran mi abuela entró en el dormitorio..., se sentó en mi cama y abrió una caja en la que estaba la corona que el Estado español le iba a regalar a Fabiola. Me quedé deslumbrada, porque era grande, llena de brillantes y esmeraldas. Era la primera vez que veía una joya así, tan importante.

No hace falta tener un excesivo talento literario para imaginar la escena, en la que, casi con seguridad, la abuela ceñiría con la corona destinada a la Reina de los belgas las sienes de esa niña que andando el tiempo se convertiría en Su Alteza Real la Duquesa de Cádiz y de Anjou¹³ y para quien parece lógico que doña Carmen Polo deseara los más altos destinos.

¹⁰ Cuya biografía dan con detalle Sonsoles Gascón y Pablo Herce en *Ángela, Duquesa de Medinaceli y Marquesa de las Navas*.

¹¹ Es evidente, por tanto, que coincide en fechas con la diadema que hizo Fontenney para la Emperatriz Eugenia.

¹² *Hola* nº 2.696. abril de 1996, pág. 223.

¹³ Doña María del Carmen Martínez Bordiú y Franco casó en 1972 con Don Alfonso de Borbón Dampierre, primogénito agnado de los Capeto y representante para muchos monárquicos galos de la legitimidad dinástica de la Corona Cristianísima de Francia, por resultar nula de pleno derecho la renuncia forzada del Rey Felipe V de España a sus derechos sucesorios como nieto de Luis XIV.

CONCLUSIÓN

María Manuela Kirkpatrick, condesa de Montijo, persiguió con ahínco, y consiguió, que su hija Eugenia ciñese una corona imperial. La Emperatriz tuvo poder e influencia, que simbolizaban las joyas como la que hemos estudiado detenidamente, pero todo se volatilizó: el ejercicio de la Regencia culminó en desastrosa huida, el Emperador apenas sobrevivió al Imperio, y las esperanzas de Restauración quedaron frustradas por la muerte heroica del hijo unigénito en Zululandia.

Fabiola de Mora, a diferencia de la condesa de Teba, nunca abrigó ningún interés en ocupar puestos destacados ni en ceñir ninguna corona de realeza, y fueron argumentos muy ajenos a las pompas cortesanas los que la llevaron a subir al trono belga junto a Balduino I.

Ninguna de las dos dejó descendencia biológica, pero sus trabajos han tenido muy diferente destino: mientras que el II Imperio napoleónico hoy no es más que un recuerdo polifacético en la Historia de Europa, la Monarquía belga, tras violentas sacudidas, parece estabilizada y puede encarar su futuro en la Unión Europea confiadamente, ante la perspectiva de ver al frente de la Institución en los próximos decenios a los futuros Reyes, Felipe y Matilde, en la senda que trazaron, desde los años 60, sus tíos Balduino y Fabiola que, en actitud similar a una adopción, velaron por la educación del joven primogénito de los entonces Príncipes de Lieja.

Las esmeraldas que Napoleón III regalara a Eugenia, efímeramente lucidas en la Corte de Madrid por Doña Victoria Eugenia, adornaron durante unos años a la Emperatriz Farah, y hoy han quedado semiescondidas en la Banca Nacional de Teherán, donde sólo unos pocos las admiran de tarde en tarde, con poca utilidad más que la que tenían en las minas colombianas en las que se gestaron durante siglos. Por el contrario, la corona que España regaló a Fabiola sigue haciendo sus funciones representativas y así se ha podido ver recientemente adornando a la Reina durante las galas con que el reino belga honró a Carlos XVI Gustavo y Silvia de Suecia cuando estos monarcas nórdicos visitaron oficialmente a Alberto II y Paola.

BIBLIOGRAFÍA

Alós y Merry del Val, F. de, y J.L. Sampedro Escolar: *El palacio de Zurbano*. Ministerio de Fomento, Madrid, 2002.

Bascou, M.: "Fonteney", en Snowman, A.K.: *The master Jewellers*. Thames and Hudson, Londres 1990.

Gascón, S. de, y P. Herce: *Ángela, Duquesa de Medinaceli y Marquesa de las Navas*. Madrid, 1995.

Gómez-Santos, M.: *La Reina Victoria Eugenia de cerca*. Magisterio Español, Madrid, 1969.

González de Vega, J.: *Yo, María de Borbón*. El País-Aguilar, Madrid, 1995.

Gortázar, G.: *Alfonso XIII, hombre de negocios*. Alianza editorial. Madrid, 1986.

Martínez Bordiú, M.C.: "Memorias", publicadas en el semanario *Hola* a partir del 28 de marzo de 1996.

Meylan, V.: *Bijoux de reines*. Editions Assouline. París, 2002.

Morel, B.: *The French Crown Jewels*. Antwerp, 1988.

Noel, G.: *Victoria Eugenia, Reina de España*. Javier Vergara, Buenos Aires, 1986.

Peñafiel, J.: *Bodas Reales*. PIESA, Madrid, 1979.

Quintanilla, J.L.: "Las joyas de la Reina Victoria", en *La Actualidad Española*, nº 1.193, 14 de noviembre de 1974.

Rayón, F.: *La boda de Juan Carlos y Sofía*. La esfera de los Libros, Madrid, 2002.

Rayón, F.: "Las joyas de la Familia Real española" en *Hola*, nº 2.234, 11 de junio de 1987.

Rayón, F y J.L. Sampedro Escolar.: *Las joyas de las Reinas de España*. Planeta, Barcelona, 2004.

Suenens, Cardenal: *Balduino, el secreto del Rey*. Madrid, 1997.

Vachaudez, C.: “Les joyaux des souveraines et princesses de Belgique”, publicado en *L’Eventail*, año 111, nº 9. dic. 1999/en. 2000.

Vachaudez, C.: “Fabiola et Paola. Deux reines, deux écrins”, en *L’Eventail*, año 113, nº 3, abril de 2001.

Vevev, H.: *Histoire de la bijouterie française au XIXe. siècle*, París, 1908.